

14 FEBRERO 2009

La dehesa y la fijación del CO₂

El dióxido de carbono fijado cada año por los encinares extremeños equivale al 12% del CO₂ emitido en un año por Extremadura, al 49% del emitido por el sector del transporte, el 45% del que emitida la industria, el 75% de la actividad agrícola y al 50% de las emisiones de los hogares extremeños

GREGORIO MONTERO EXTREMEÑO NATURAL DE CABEZABELLOSA E INVESTIGADOR DEL CENTRO DE INVESTIGACIÓN FORESTAL DEL INIA

PARA el extremeño, como para el viajero que nos visita, la dehesa es la imagen de nuestra tierra. Se presenta bajo un paisaje sobrio, de enormes extensiones onduladas, cubiertas de árboles dispersos que protegen del calor y el frío a los animales y les proporcionan alimentos a través del ramoneo y la montanera.

Extremadura, extremo del Dueño; tierra situada en el confin de los dominios cristianos; tierra de conquistadores que... apenas te dieron nada. Tierra extrema, clima extremo, tierra de contrastes extremos. En fin..., Extremadura. «Soledad llena de encinas sobre campos con veredas» que decía la canción de nuestro paisano Pablo Guerrero en los años 70. Hoy Extremadura ofrece una visión más optimista, de más colorido, de más ilusión, más próxima a lo que corresponde a una sociedad moderna, dinámica, que mira al futuro y se identifica con el desarrollo tecnológico y con la idea de la sociedad del conocimiento pero que se resiste al desarraigo rural.

La dehesa, mas despoblada de árboles y personas que antaño, también ha sufrido algunos cambios que afectan al equilibrio entre el hombre y la naturaleza, equilibrio que esta en el origen de la misma pero no es este el lugar para hablar de su génesis y evolución.

Para los que no han nacido y crecido en esta tierra es difícil entender que es exactamente la dehesa. Por tradición, por intuición cultural a nosotros no se nos despista su imagen, su fisonomía. La conocemos, la identificamos, aunque a veces no sepamos describirla a través de sus atributos científicos, históricos y cultura-

les. Todos hemos leído alguna vez que se trata de un ecosistema que se perpetua a lo largo del tiempo, por la intervención del hombre, en un equilibrio inestable; bosque cultural fruto de la integración del hombre en la naturaleza. Modelo de la utilización racional de los recursos por el hombre, basado en el viejo saber que ha ido arraigando en las costumbres, consagrado por la rutina y avalado por los resultados prácticos. La dehesa forma parte de las raíces culturales de nuestro pueblo que al igual que las de la encina son grandes y profundas, existen, están ahí, aunque para verlas, para intuir las, para comprender su significado y función haya que reflexionar con algún detenimiento.

Las encinas, inmóviles, ferozmente heridas por las podas, soportan el pasar del tiempo, los cambios ambientales, las políticas agrarias y otros vaivenes científico-técnicos de nuestro tiempo con humildad y fortaleza. «Siem-

pre firme siempre igual, impasible casta y buena, ¡oh tu robusta y serena!, eterna encina rural...» Antonio Machado. Así, con resignación y bravura, extremeñas al fin y al cabo, disfrutando de su tierra, viene la encina presidiendo el paisaje de la dehesa y el acontecer de nuestra historia.

Pero para los extremeños, los encinares, las dehesas, no significan únicamente paisaje, historia, sentimientos e identificación cultural con su medio. Son unas de sus principales fuentes de recursos, lo fueron en el pasado y lo siguen siendo hoy. Sus pastos y montanera alimentan a una gran cabaña ganadera: vacuno retinto, blanca cacereña, cerdo ibérico y cabra, oveja y otras especies, y por supuesto la caza, actividad económica y deportiva de primer orden en nuestro tiempo.

En los inviernos de escasez la encina acude solidaria al socorro del ganado (antes más que ahora) y sin temor a las heridas de la

poda ofrece su ramón y sus hojas, quien quiera recolectarlos, desde el pasto de los ardores del verano y de las heladas del invierno. Abona los suelos, mediante el beo y reciclaje de nutrientes, protege de la erosión y regula la velocidad de incorporación de materia orgánica al suelo, acelerando el proceso que, en exceso, las altas temperaturas de nuestra 'extrema y dura' etc. Por supuesto es imprescindible para la conservación de la biodiversidad florística del pasto, de la fauna doméstica y silvestre y del paisaje extremeño. Todo esto sin mencionar su extraordinaria influencia en el ciclo del agua, ese agua que tanto nutre tan nuestros campos y en la que conforme avanza la agricultura, inducida por el hombre, cada vez más.

La encina, la dehesa, su paisaje, ha contribuido al sustento de la población, antaño a la subsistencia, hoy con alimentos de l-

